

Sesión necrológica

en memoria del Ilmo. Sr. Dr. D. Enrique Hernández Giménez

Celebrada el 6 de octubre de 2021

*Juan Brines Solanes**

Académico de Número de la R. Acad. Med. Comunitat Valenciana

EXCMA. SRA. PRESIDENTA DE LA RAMCV;
EXCMAS. E ILMAS. AUTORIDADES;
ILMOS. MIEMBROS DE LA RAMCV;
QUERIDOS FAMILIARES M^a DELIA E HIJOS QUIQUE, DELIA, MANOLO Y FERNANDO;
QUERIDOS AMIGOS Y COMPAÑEROS;
SEÑORAS Y SEÑORES.

Bien saben los presentes que esta es una sesión necrológica y que por tanto cierta sombra de tristeza sobrevuela el acto y las presentaciones que se realizan.

Poco se puede añadir a la reseña biográfica que con tanta precisión como sentimiento acaba de exponer el distinguido académico Javier Hernández, discípulo y sobrino del homenajeado, sobre su personalidad, docente e investigadora, así como de su altura científica, méritos y distinciones. Si me atrevo a agregar unas palabras sobre D. Enrique es con la intención de aportar algunos detalles de nuestra relación que acentúan su perfil humano y científico para lo que recurro a algunas vivencias propias en las que el personaje fue testigo o protagonista. Ruego su indulgencia por la parcialidad y sesgo de lo que voy a presentar.

No recuerdo bien cuando conocí a Enrique Hernández, pero estoy seguro que fue en esta Real Academia. Era la década de los setenta cuando un grupo de médicos del Clínico comenzamos a asomarnos a esta institución para aprender de nuestros mayores. Recién completada nuestra formación especializada éramos jóvenes y atrevidos, y, como consecuencia de nuestro atrevimiento e inexperiencia éramos pragmáticos, muy pragmáticos, pragmáticos radicales. Se nos hubiera podido aplicar, con acierto, aquel juicio con el que el gran matemático y filósofo británico, Alfred North Whitehead, describía a los pragmatistas americanos de principios del pasado siglo: “Se lo tragan todo con sólo que funcione”.

Nuestro pragmatismo era fundado. El hospital era y continúa siendo, un entorno de sinceridades sobre todo en el ámbito asistencial de urgencias, quirófanos, paritorios, neonatos, e intensivos. En estas divisiones en que los estimulantes éxitos o los desgarradores fracasos se suceden con insólita rapidez, donde la frontera entre la vida y la muerte no traza más que una tenue línea, el ser humano, médico y enfermera, se despoja de su contenida representación social y libera sus más profundos sentimientos. Allí se llora y se ríe, se empuja y se abraza, se reza y se maldice, conductas que incluso los propios protagonistas pueden extrañar superado el trance.

En aquellos tiempos, pasada la mañana, cuando nuestros mayores habían acabado su tarea y marchaban a casa, el Hospital era nuestro, de los jóvenes especialistas, y con ello la responsabilidad de las imprevisibles urgencias. Acabada la guardia, revisando lo acaecido no era extraño que la duda sobrevolase alguna de nuestras actuaciones. Y para aclarar tales dudas con espíritu crítico, a salvo de la inhibición que generaba la autoridad de los maestros, para hablar y discutir sin ambages los casos más problemáticos, nos reuníamos una noche a la semana en el Seminario de Cirugía de D. Carlos Carbonell. Allí estaban el gastroenterólogo Adolfo Benages, el internista Manolo Tomás, los cardiólogos Roberto Civera y Ángel Llácer, los cirujanos Pascual Parrilla y Carlos Carbonell hijo, el traumatólogo Tomás Jolín, el radiólogo Pepe Peiró, el urólogo Pascual Chuan y entre unos cuantos más, el que ahora os habla. Oficiaba como juez inapelable del diagnóstico nuestro querido compañero y amigo Amando Peydró que aportaba la iconografía morfológica que confirmaba o desmentía nuestros provisionales y a veces precarios, diagnósticos.

Este grupo era, repito, tremendamente práctico y simplista en sus juicios clínicos. A pesar de los esfuerzos del Dr. Peydró nuestra perspectiva se limitaba por lo común, a justificar la relación entre la clínica y el tratamiento aplicado. La patogenia de las afecciones, esto es, su mecanismo de producción, apenas entraba en nuestras discusiones por considerarse especulativo, algo así como un accesorio ornamental. No hablo ya de las repercusiones psicológicas y sociales que, por entonces, nos parecían pura metafísica.

Confío en su indulgencia por detallar esta información que trata de subrayar el agudo contraste que supuso para nuestra mentalidad simplista y marcadamente técnica entrar en contacto con los prestigiosos académicos procedentes de ciencias afines que integraban e integran esta institución enriqueciéndola con sus conocimientos, sólidas bases científicas y dilatada experiencia de la vida.

Uno de ellos era D. Enrique Hernández, que ostentaba entre otras muchas distinciones la de ser uno de los más antiguos miembros y ocupar el número 1 de esta institución. Lo recuerdo sentado en un lateral cerca presidencia, atento a la información de la Junta o a la presentación del orador. Era parco en sus intervenciones académicas que solían ser lacónicas y limitarse a expresar juicios de valor sobre controversias y discusiones académicas y más locuazmente sobre temas que le eran familiares, los relacionados con los gérmenes y su correlato infeccioso.

Aunque era bien conocido el prestigio científico de D. Enrique como microbiólogo su actividad alejada de la clínica me generó, al principio, poco entusiasmo. Para un pediatra joven que cada día, casi sin excepción, tenía que resolver o encauzar problemas infecciosos en niños enfermos en un entorno de recursos limitados, el pragmatismo era actitud obligada y, en consecuencia, las precisiones sobre las características genéticas, bioquímicas, y ambientales de los gérmenes me sonaban a música celestial por no hablar de su ordenamiento taxonómico.

La calidad profesional como microbiólogo y su proyección clínica me fue dada a conocer de la mano de nuestro común amigo Juan García de Lomas que nos reunía siempre que alguna infección en niños constituía un problema grave de salud pública o con motivo de la lectura de alguna tesis doctoral y actividades parejas.

D. Enrique tuvo la generosidad y paciencia de hacerme ver con toda discreción que mi perspectiva era limitada y que el conocimiento de la biología microbiana me serviría para añadir no sólo conocimientos sobre los gérmenes sino también para mejorar el tratamiento y profilaxis antimicrobianos.

En estos encuentros sobre problemas infecciosos del niño participaban regularmente un clínico, el que os habla, un microbiólogo médico, Juan García de Lomas y un microbiólogo no clínico, por lo común D. Enrique. Yo exponía la casuística clínica llanamente, Juan García de Lomas la vinculaba directamente a las características microbiológicas del agente agresor y D. Enrique nos ilustraba con su dilatado conocimiento del mundo microbiano, relacionando el patógeno con otros emparentados y el papel biológico del taxón al que pertenecía en la trama de la vida. Todos estos contactos estimularon mi interés por el mundo microbiano al que, durante años, dediqué gran atención y estudio hasta el punto de que se me confiara la elaboración del capítulo sobre resistencia bacteriana cromosómica en el libro de Terapéutica de mi malogrado maestro en Farmacología D. Juan Esplugues.

Nuestra formación médica se limitaba como era habitual a los microbios patógenos soslayando por lo común detalles importantes del contexto biológico sobre el que se sustenta la vida. La inmersión en aquel Nuevo Mundo me colmó de datos sorprendentes sobre estas minúsculas criaturas como la de que la masa de los microbios de la Tierra supera la suma de la del conjunto de animales y plantas; o que el organismo humano alberga mayor número de microbios que de células, que hay muchos más tipos (Phyla) taxonómicos de microbios que de macroorganismos cuya biodiversidad es aún poco conocida ya que la mayoría de estos agentes no pueden cultivarse.

Y de la mano de esta nueva visión me topé con el ordenamiento de los seres vivos esto es, su taxonomía. En aquella década de los setenta la tradicional división de los seres vivos en procariotas y eucariotas fue siendo sustituida rápidamente por la clasificación en cinco Reinos (Animales, Plantas, Hongos, Protistas y Monera) que Robert Whittaker había propuesto unos pocos años antes, en 1969, y que agrupaba los seres vivos en base a si la célula era nucleada o anucleada, en el número de células que componían el individuo (unicelular o pluricelular), y si la nutrición era autótrofa o heterótrofa. Esta clasificación fue complementada en aquella misma década por Carl Woese que dividía el conjunto de seres vivos en tres dominios: Archaea, Bacteria y Eucarya tomando como referencia la secuencia del ARN ribosómico.

Y de ese modo, visto mi interés por el tema, con el prelude taxonómico de D. Enrique, entré en contacto con otro gran microbiólogo, sobrino suyo, Javier, al que acabamos de escuchar cuyos profundos conocimientos sobre procariotas le permitió publicar la monografía titulada Taxonomía bacteriana que tuvo la gentileza de dedicarme así como de actualizar las aportaciones más recientes sobre el tema que desde el Reino Unido estaban produciendo Cavalier-Smith y sus colaboradores [seis reinos: procariota y eucariotas (protozoos, animales, plantas, hongos y cromistas)].

Tuve la fortuna de compartir con D. Enrique diversos actos oficiales en los que entraban en liza los problemas infecciosos que en diversos momentos preocupaban a la profesión médica y a las autoridades sanitarias, como las neumonías bacterianas, en particular la

estafilocócica y las meningitis, singularmente la meningocócica. Me encantaban sus intervenciones, por su profundidad y laconismo, aderezadas en ocasiones con irónicas intuiciones que me recordaban a su gran compatriota García Berlanga.

En sus últimas concurrencias a la RAMCV se evidenciaba el sacrificio que le suponía acudir, y su semblante, por lo común jovial, se mostraba ensombrecido por cierto halo de tristeza. En estas últimas apariciones me parecía asistir al entrañable momento en el que ya se vislumbra la despedida. Y como todo adiós, cuando se da entre personas que se han querido, produce una extraña resistencia a que se acabe.

Ruego excusen si me he tomado alguna licencia en esta presentación, pero me he sentido forzado a sumar al obligado formalismo del acto la consideración de que, al lado de un sabio bondadoso, de aspecto serio, poco locuaz y lacónico, anidaba un espíritu brillante y jovial cuyas chispas de ironía aún perviven entre nosotros.

Quisiera finalizar dedicando unas palabras a su familia que tanto significó en su vida, en particular a su esposa M^a Delia y a sus hijos, en especial a esta bendición que es su hija Delia a la que tanto agradezco por su afecto y asistencia. Pueden sentirse orgullosos por la ejemplaridad humana y profesional de este gran valenciano que fue su marido y padre. Les aseguro que su espíritu perdura vivo en esta Real Academia, al menos en el corazón de aquellos que tuvimos el privilegio de contar con su afecto y confianza.

Muchas gracias.